

DISTINTOS Y COMPLEMENTARIOS

DISTINTOS Y COMPLEMENTARIOS

El hombre y la mujer según la Biblia

John Piper



Distintos y complementarios

Publicado por Asociación Gracia Soberana

C/ San Isidro, nº 55

21710 Bollullos Par del Condado (Huelva)

España

www.icebollullos.org

bollullosice@gmail.com

Publicado originalmente en inglés

Traducido de "*Recovering Biblical Manhood & Womanhood*" por John Piper, ©1991, 2006 por el Council on Biblical Manhood and Womanhood. Capítulo 1: "A Vision of Biblical Complementarity: Manhood and Womanhood Defined According to the Bible". Usado con permiso de Crossway, ministerio editorial de Good News Publishers, Wheaton, IL 60187, www.crossway.org.

Primera edición de esta versión en español: 2022. Texto tomado y adaptado de la revista *Nueva Reforma*, nº 88, enero-marzo 2010 y nº 89, abril-junio 2010. Editorial Peregrino). Julio 2013.

Copyright © 2022 Editorial Peregrino para esta versión española. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro se puede reproducir, guardar o transmitir en ninguna forma —electrónica, mecánica, fotocopiada, grabada, u otra— sin previo permiso del editor, a excepción de citas breves con el propósito de comentar.

Traducción del inglés: Editorial Peregrino

Revisión: Demetrio Cánovas Moreno y Emilio Díaz Ojeda

Diseño de la cubierta: Daniel Abad

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra

LBLA = La Biblia de las Américas © 1986, 1995, 1997 The Lockman Foundation. Usada con permiso

RVR 1909 = Versión Reina-Valera 1909

BT = Biblia Textual

ISBN: 978-84-124092-2-2

Depósito legal: H 55-2022

Impreso en España

Printed in Spain

ÍNDICE

Introducción	7
«Según la Biblia»	9
Pensadores confusos	11
Definiciones	15
El significado de la masculinidad	16
El significado de la feminidad	34
Desafío final para hombres y mujeres	50

Introducción

Cuando yo era niño y vivía en Greenville (Carolina del Sur), mi padre pasaba fuera de casa casi dos tercios del año. Y mientras él predicaba a lo largo y ancho del país, nosotros orábamos: mi madre, mi hermana mayor y yo.

Lo que aprendí en aquellos días fue que mi madre era competente para todo. Ella llevaba la economía de la casa, pagaba todas las facturas y se las entendía con el banco y con los acreedores. En cierta ocasión, hasta montó un pequeño negocio de lavandería. Aparte de eso, se ocupaba en la junta del parque, servía como superintendente del departamento de mediación de nuestra iglesia bautista del sur, y administraba algunas propiedades inmobiliarias.

Ella me enseñó a cortar el césped y a abrir por la mitad los cables eléctricos, a arrancar de raíz la grama, a pintar los aleros y a sacar brillo a la mesa del comedor con una gamuza, así como a conducir un coche y a evitar que las patatas se empaparan en el aceite de freír. Me ayudaba con los mapas de Geografía y me enseñó a hacer una bibliografía y a preparar un proyecto de Física sobre la electricidad estática, ¡y creía que 2º de Álgebra era posible! Negoció con los contratistas cuando añadimos un sótano a la casa y, más de una vez, usó ella misma la pala. Jamás se me ocurrió pensar que había algo que ella no pudiera hacer.

En cierta ocasión oí decir que las mujeres no sudan: brillan. No es cierto: mi madre sudaba, y las gotas le caían de la punta de su larga y afilada nariz. A veces se las soplaba si tenía las manos ocupadas empujando una carretilla llena de carbón; o se las limpiaba con la manga entre golpe y golpe de guadaña. Mi madre era fuerte: treinta años después, aún puedo recordar los brazos que tenía. Eran grandes y, en el verano, estaban bronceados.

Pero jamás se me ocurrió pensar en mi madre y en mi padre como si estuvieran en la misma categoría. Ambos eran fuertes, am-

bos eran inteligentes, ambos eran tiernos, ambos me besaban y ambos me zurraban. Ambos sabían decir las cosas; ambos oraban con fervor y amaban la Biblia; pero, inequívocamente, mi padre era un hombre y mi madre una mujer. Ellos lo sabían y yo también. Y no se trataba simplemente de una realidad biológica, sino de una cuestión de condición personal y de dinámica relacional.

Cuando mi padre llegaba a casa, era claramente el cabeza del hogar: dirigía la oración en la mesa, reunía a la familia para el devocional, nos llevaba a la escuela dominical y al culto, conducía el coche, nos guiaba hasta donde teníamos que sentarnos, tomaba la decisión de llevarnos a comer al restaurante, nos conducía hasta la mesa, llamaba a la camarera, pagaba la cuenta con un cheque, y era aquel con quien sabíamos que tendríamos que habérmolas si quebrantábamos alguna regla familiar o le faltábamos el respeto a nuestra madre... Esos eran los momentos más felices para ella: ¡cómo disfrutaba cuando papá estaba en casa! Le encantaba su liderazgo. Más tarde descubrí que la Biblia llama a eso «sometimiento».

Pero, puesto que mi padre pasaba fuera de casa la mayor parte del tiempo, mamá solía también ejecutar la mayor parte de esas acciones de liderazgo; de modo que jamás se me ocurrió pensar que el liderazgo y el sometimiento tuvieran nada que ver con la superioridad y la inferioridad. Y tampoco tenían nada que ver con músculos o aptitudes: no era una cuestión de capacidad y competencia. Se trataba de algo que, siendo niño, jamás hubiera podido explicar, y que me ha llevado mucho tiempo llegar a comprender como parte de la maravillosa bondad de Dios al crearnos varón y mujer. Tenía que ver con algo muy profundo.

Sé que el ritmo de vida específico que había en nuestro hogar no es el único bueno; pero en él se daban ciertas dimensiones de realidad y bondad que deberían estar presentes en toda familia. Más aún, deberían estar presentes en todas las relaciones maduras

entre hombres y mujeres, aunque en diversas formas. Digo que «deberían estar» porque ahora veo que tenían sus raíces en Dios. Con el tiempo, he llegado a comprender, por las Escrituras y por la vida misma, que la masculinidad y la feminidad son la obra estupenda y maravillosa de un Dios bueno y amante. Él diseñó nuestras diferencias, y estas diferencias son profundas: no se trata meramente de prerequisites fisiológicos para la unión sexual, sino de rasgos hondamente arraigados en nuestra condición de personas. Este artículo es un intento de definir algunas de esas diferencias como Dios quiere que sean, según la Biblia.

«Según la Biblia»

Permíteme que diga algo acerca de la expresión «según la Biblia». El subtítulo de este artículo es «El hombre y la mujer según la Biblia», y esto significa que me he esforzado al máximo por ajustar la reflexión del mismo a la enseñanza bíblica.

Hay tres razones principales que justifican este enfoque:

Primeramente, para el propósito de este artículo, parece más apropiado presentar la perspectiva bíblica de la masculinidad y feminidad de un modo tan claro y conciso como sea posible, dejando a un lado el análisis técnico.

En segundo lugar, he tratado de incorporar a este artículo suficiente argumentación bíblica como para demostrar por qué creo que esta comprensión de la masculinidad y la feminidad es, realmente, «según la Biblia». Espero que resulte evidente que mis reflexiones no son el producto de una mente independiente, sino el fruto de un árbol firmemente plantado en la tierra de una constante meditación en la Palabra de Dios.

En tercer lugar, la experiencia me ha enseñado que hay dos formas de recomendar una comprensión de la masculinidad y la feminidad: una de ellas es mediante el razonamiento acerca

de las pruebas. Así, por ejemplo, un cristiano evangélico quiere saber: «¿Enseña realmente la Biblia esta idea de la masculinidad y la feminidad?». Una forma de recomendar la idea en cuestión sería, entonces, mediante una argumentación exegética paciente, detallada y cuidadosa. Pero hay otra forma más de recomendar la visión. Las personas quieren también saber si esta es hermosa, y si satisface y contribuye a la realización personal: «¿Puedo soportarla?». Esta no es una mala pregunta, ya que encarecer la verdad bíblica implica mucho más que decir: «¡Hazlo porque lo manda la Biblia!». Esta clase de recomendación: «¡Hazlo porque lo manda la Biblia!», puede dar como resultado una especie de obediencia tan a regañadientes, vacía de deleite y de afirmación entusiasta que al Señor no le agrade en absoluto.

Así que, para ganar a la gente a una visión de lo que significa ser hombre y mujer, se necesita realizar una segunda tarea. No solo debe haber una exégesis precisa, sino también una presentación de dicha visión que satisfaga el corazón al igual que la cabeza; o también, por decirlo de otro modo: necesitamos encomiar la belleza a la vez que la verdad de la visión; y demostrar que la cosa en particular no es solo justa sino también buena, no solo válida sino también valiosa, no solo correcta sino también admirable.

El propósito de este artículo encaja principalmente en esta segunda categoría: no meramente, pero sí principalmente. Está ideado para demostrar que nuestra visión de la masculinidad y la feminidad es un don de la gracia profundamente satisfactorio, procedente de un Dios amante que tiene en el corazón los mejores intereses de sus criaturas. No es una visión onerosa u opresiva, ni fomenta el orgullo o la exaltación propia, sino que se ajusta a quienes somos según el buen designio divino y, por tanto, resulta satisfactoria en el sentido más profundo del término.

Pensadores confusos

Hoy en día hay una tendencia a subrayar la igualdad entre hombres y mujeres, minimizando la importancia singular que tiene nuestra condición de varón o mujer; pero este menosprecio de la masculinidad y la feminidad de las personas supone una gran pérdida, y se está cobrando un precio enorme en generaciones de jóvenes que no saben lo que significa ser hombre o mujer. La confusión sobre el significado de la condición sexual de la persona ha alcanzado niveles de epidemia, y la consecuencia de esta confusión no es una armonía despreocupada y feliz entre personas «sin género» que se relacionan sobre la base de competencias abstractas, sino que, más bien, con la pérdida de la identidad dada por Dios, viene el aumento de los divorcios, de la homosexualidad, del abuso sexual, de la promiscuidad, de la incomodidad social, de la angustia emocional y del suicidio.

Una observación notable y significativa es que las feministas cristianas dediquen tan poca atención a definir la feminidad y la masculinidad. El hijo que pregunta: «¿Papá, qué implica ser hombre y no mujer?», y la hija que hace a su madre la misma pregunta, reciben muy poca ayuda. Se dedica mucha energía actualmente a quitar importancia a la diferencia entre la masculinidad y la feminidad, pero no oímos muy a menudo qué es lo que debería inclinarnos a hacer esa masculinidad y esa feminidad. Navegamos a la deriva en un mar de confusión acerca de los papeles sexuales, y no nos va mejor por ello.

Resulta irónico que los pensadores más incisivos reconozcan cuán esenciales son la masculinidad y la feminidad para nuestra condición como personas; sin embargo, el significado de tales palabras se considera inalcanzable. Paul Jewett, por ejemplo, en su perspicaz libro *Man as Male and Female* (El hombre como varón y mujer), argumenta que la masculinidad y la feminidad son esenciales y no periféricas para nuestra condición de personas:

La sexualidad impregna nuestro ser individual hasta lo más profundo, y condiciona cada faceta de nuestra vida como personas. Así como el ego siempre tiene conciencia de sí mismo como «yo», este «yo» está siempre consciente de sí mismo o de sí misma. Nuestro conocimiento de nosotros mismos está ligado, indisolublemente no solo a nuestro ser humano sino a nuestro ser sexual. Y en el nivel humano no hay «yo y tú» per se, sino solo ese «yo» que es varón o mujer frente al «tú», al «otro», que es igualmente masculino o femenino.

Jewett cita a este respecto las palabras de Emil Brunner:

Nuestra sexualidad penetra hasta el terreno metafísico más profundo de nuestra personalidad; y como resultado de ello, las diferencias físicas entre el hombre y la mujer son una parábola de sus diferencias psíquicas y espirituales que tiene un carácter más determinante.

Después de leer estas asombrosas afirmaciones respecto de cuán esenciales son la masculinidad y la feminidad para nuestra condición como personas, y de cómo la sexualidad «condiciona cada faceta de nuestra vida», resulta sorprendente que Jewett no sepa lo que son la masculinidad y la feminidad, ya que dice:

Algunos de los teólogos contemporáneos no están muy seguros de saber lo que significa ser un hombre en contraposición a una mujer, o una mujer en contraposición a un hombre... Toda actividad humana refleja una distinción cualitativa de naturaleza sexual; pero, en mi opinión, una observación así no da pista alguna acerca del significado último de tal distinción. Quizá jamás lleguemos a saber lo que implica esta en última instancia.

Ciertamente, eso es muy triste: sabemos que «la sexualidad impregna nuestro ser individual hasta lo más profundo»; sabemos que «condiciona cada faceta de nuestra vida como personas»; sabemos que cada encuentro entre «yo y tú» no es un encuentro entre personas abstractas sino entre personas que son varón y mujer; sabemos que las diferencias físicas no son sino una parábola de las condiciones masculina y femenina; pero, ¡ay!, no sabemos quiénes somos como hombre y mujer, ignoramos lo concerniente a esta dimensión de nuestra identidad que todo lo impregna.

¿Y qué pensar de la receta de Jewett para darnos esperanza frente a esta ignorancia clamorosa? Nos sugiere que descubramos quiénes somos «como varón y mujer» experimentando una «verdadera sociedad» como varón y mujer. El problema consiste en que no podemos saber lo que es una «verdadera sociedad» hasta que conocemos la naturaleza de los socios. Una verdadera sociedad debe ser fiel a la condición de los asociados: tomar en cuenta la realidad sexual que «condiciona cada faceta» de sus vidas. Sencillamente, no podremos saber lo que es una «verdadera» sociedad hasta que conozcamos aquello que realmente «impregna nuestro ser individual [...] hasta lo más profundo». Si ignoramos verdaderamente lo que son la verdadera masculinidad y la verdadera feminidad, no tenemos garantía alguna para recetar cómo ha de ser la naturaleza de una verdadera sociedad.

No es sorprendente la agitación sexual de nuestra cultura cuando descubrimos que nuestros mejores pensadores cristianos afirman no conocer lo que son la masculinidad y la feminidad, ¡y, sin embargo, reconocen que ambas se encuentran entre los aspectos más profundos de la condición de persona que «condicionan cada faceta de nuestra vida»! ¿Cómo han de criar los padres a sus hijas para que sean mujeres, y a sus hijos para que sean hombres, cuando aun los principales maestros de la Iglesia no saben qué son la masculinidad y la feminidad?

Detrás del presente artículo se halla la convicción de que la Biblia no nos deja en la ignorancia en cuanto al significado de la condición masculina y femenina de la persona. Dios no ha puesto en nosotros una dimensión de la condición de individuo que lo impregna y lo condiciona todo, para esconder luego de nosotros el significado de nuestra identidad. Él nos ha mostrado en la Escritura la belleza de la masculinidad y la femineidad en su armoniosa complementariedad, nos ha hecho ver las distorsiones y aun los horrores que el pecado ha ocasionado en la condición masculina y femenina caída, y también nos ha indicado el camino de la redención y la sanidad por medio de Cristo.

Desde luego que *ahora vemos por espejo, oscuramente* (1 Co 13:12): nuestro conocimiento no es perfecto. Debemos estar siempre abiertos a una nueva comprensión; pero no nos encontramos tan a la deriva del significado de la masculinidad y la femineidad, y de sus implicaciones para nuestras relaciones como personas. Entendemos que la Biblia revela la naturaleza de la masculinidad y la femineidad al describir las diferentes responsabilidades para el hombre y la mujer y fundamentarlas en la creación y no en las convenciones humanas.

Cuando la Biblia enseña que hombres y mujeres desempeñan diferentes papeles el uno respecto del otro, encargándole al hombre un papel singular de liderazgo, basa esta diferencia no en alguna norma cultural temporal, sino en los hechos permanentes de la creación. Esto puede verse en 1 Corintios 11:3-16 (especialmente en los vv. 8-9,14); Efesios 5:21-33 (especialmente en los vv. 31-32); y 1 Timoteo 2:11-14 (especialmente en los vv. 13-14). En la Biblia, jamás se hacen remontar los papeles diferenciados de hombres y mujeres a la caída del hombre y la mujer en pecado, sino más bien a cómo eran las cosas en el Edén, antes de que el pecado deformara las relaciones. Esos papeles diferentes se vieron corrompidos, no producidos, por la caída: los creó Dios.

Definiciones

Esto me lleva a intentar definir, al menos parcialmente, la masculinidad y la feminidad. Esto es arriesgado, porque cada palabra que escojamos puede malinterpretarse y los lectores poco comprensivos pueden sacar conclusiones precipitadas acerca de ciertas implicaciones prácticas que no están implícitas. Rogaré simplemente que se nos aplique este gran principio de la buena crítica: «Antes de evaluar la posición del autor, exprese una comprensión de esta de un modo que este aprobaría».

Querría someter a la consideración del lector las siguientes descripciones de la masculinidad y la feminidad; pero es muy importante que se lean a la luz de los comentarios subsiguientes.

Estas descripciones no son exhaustivas de lo que significa ser hombre y ser mujer, pero sí pretenden abarcar tanto a las personas casadas como a las solteras. Aun cuando ilustre la masculinidad y la feminidad dentro de la dinámica de una relación marital, espero que quienes no estén casados descubran una aplicación para otras relaciones diferentes a esa. Las definiciones no son exhaustivas, pero nos implican a todos: son un intento de llegar a la esencia de la masculinidad y la feminidad o, por lo menos, a un aspecto indispensable de ellas.

La esencia de una masculinidad madura es un sentimiento de responsabilidad bondadosa de guiar, proveer, y proteger a las mujeres de maneras adecuadas para las diferentes relaciones de un hombre.

La esencia de una feminidad madura es una disposición liberadora para afirmar, recibir y alimentar la fuerza y el liderazgo de hombres dignos en las maneras adecuadas para las diferentes relaciones de una mujer.

El significado de la masculinidad

Vamos a tomar palabra por palabra la definición de masculinidad y a desarrollar su significado y sus implicaciones.

«La esencia de...»

Esta frase indica que las definiciones no son exhaustivas: la masculinidad y la feminidad significan más cosas, pero no menos. Creemos que esta es la esencia de lo que implica la verdadera masculinidad, aunque nuestra existencia complementaria suponga un misterio que jamás agotaremos.

«... una masculinidad madura...»

Algún hombre puede decir: «Yo soy hombre, y no tengo ese sentimiento de responsabilidad que, según usted, me hace masculino». Puede sentirse fuerte y sexualmente competente, y con carácter, y racional...; pero a ese hombre le diríamos que si no tiene este sentimiento de bondadosa responsabilidad de guiar, proveer y proteger a las mujeres, su masculinidad es inmadura. Está incompleta, o tal vez distorsionada.

«Madura» significa que el sentido de responsabilidad de un hombre está en vías de superar sus distorsiones y limitaciones pecaminosas, y de descubrir su verdadera naturaleza como una forma de amar y no de autoafirmarse.

«... un sentimiento de...»

Empleo la palabra «sentimiento» porque para que un hombre sea masculino, no solo debe ser responsable, sino sentir o tener la sensación de que lo es. Si no lo «siente» o no «tiene la sensación» y afirma su responsabilidad, no es alguien masculinamente maduro. La palabra «sentimiento» implica, asimismo, que un hombre puede ser maduro en su masculinidad cuando sus circunstancias no lo colocan en ninguna relación en la que tenga la posibilidad real de relacionarse con ninguna mujer. Puede que esté en la guerra o en el mar y lejos de las mujeres; o tal vez en la cárcel. Puede te-

ner un trabajo en una plataforma petrolífera en el mar del Norte, o ser monje, o simplemente su estilo de vida limita mucho su interacción con el sexo femenino.

Un hombre puede ser propiamente masculino en tales circunstancias si tiene el sentimiento de bondadosa responsabilidad de guiar, proveer y proteger a las mujeres. Este sentimiento no necesita de una actualización directa para tener el rango de una masculinidad madura: por ejemplo, dicho «sentimiento» de responsabilidad afectará a cómo habla de las mujeres y a su forma de relacionarse con la pornografía, y al tipo de interés que manifiesta por los matrimonios de los hombres que lo rodean.

La palabra «sentimiento» implica también que un hombre puede no ser físicamente capaz de proveer para su familia y, aun así, tener una masculinidad madura. Tal vez esté paralítico o tenga una enfermedad que lo imposibilita. Puede que, si se halla en tales circunstancias, su esposa haya de ser la que gane el pan en su mayor parte o quien se levante por la noche para investigar algún ruido inquietante en la casa. Esto no es fácil para el hombre; pero si este conserva todavía un sentimiento de su propia responsabilidad bondadosa bajo la autoridad de Dios, no pierde su masculinidad.

Su sentimiento de responsabilidad encontrará expresión en la manera como vence la autocompasión y proporciona un liderazgo moral y espiritual a su familia; cómo toma la iniciativa para proveerles el pan de vida y protegerlos de los mayores enemigos de todos: Satanás y el pecado.

Pero alguien podría preguntar: «¿Así que si una mujer sola provee estas mismas cosas para sus hijos es una mujer masculina?». A esto, yo respondería: «Una mujer no es indebidamente masculina realizando estas funciones para sus hijos si tiene el sentir de que estas serían propias de su esposo si lo tuviera, y si las ejecutara con un porte exclusivamente femenino». Sin embargo, si una mujer se embarca en proveer esta clase de liderazgo para su espo-

so, no estaría actuando de un modo debidamente femenino, sino asumiendo el llamamiento del varón en esa relación. Si el marido está presente pero descuida su responsabilidad y no provee el liderazgo para sus hijos, entonces la madre madura y femenina hará todo esfuerzo posible para que lo provea. Pero de una manera que indique a su marido: «No te estoy desafiando; te amo y anhelo con todo mi corazón que estés conmigo en este compromiso espiritual y moral, guiándonos a Dios a mí y a la familia».

“... de responsabilidad...”

El contenido de esta palabra es destacar que la masculinidad es una encomienda dada por Dios para el bien de todas sus criaturas, no un derecho que el hombre ejerce para su propia exaltación o satisfacción egoísta. Es más un llamamiento que una prerrogativa: un deber, una obligación y un encargo. Al igual que todas las exigencias divinas, no pretende ser onerosa o pesada (*cf.* 1 Jn 5:3), pero es, sin embargo, una *carga* que debe llevarse y que, en Cristo, puede resultar *ligera* (Mt 11:30).

La palabra «responsabilidad» quiere dar a entender que el hombre tiene un llamamiento exclusivo a dar cuenta de su liderazgo, provisión y protección respecto de las mujeres. Esto lo ilustra Génesis 3:9, cuando Dios le dice primeramente a Adán: *¿Dónde estás tú?* Eva era la que había pecado en primer lugar, pero Dios no la busca a ella primero. Es Adán quien debe dar el primer informe a Dios de la vida moral de la familia en el huerto de Edén. Esto no significa, como más tarde veremos, que la mujer no tenga ninguna responsabilidad; simplemente quiere decir que la responsabilidad del varón es única y primordial.

“... bondadosa...”

Esta palabra pretende mostrar que la responsabilidad del varón es para el beneficio de la mujer. La responsabilidad bondadosa excluye todo autoritarismo que se exalta a sí mismo (*cf.* Lc 22:26), todo paternalismo desdeñoso y cualquier acto que haga que una

mujer femeninamente madura se sienta rebajada en lugar de honrada y valorada (cf. 1 P 3:7). La palabra «bondadosa» quiere dar a entender que la masculinidad madura expresa debidamente la Regla de Oro en las relaciones hombre-mujer (cf. Mt 7:12).

«... de guiar...»

Uno de los problemas del lenguaje es que las palabras suelen tener diversas connotaciones para distintas personas; de ahí que la palabra «guiar» resulte fuerte y dominante para algunos, al tiempo que moderada e indicativa del espíritu de servicio a otros.

Otro problema consiste en que una palabra conlleva muchos matices e implicaciones diversas según los distintos contextos y situaciones. Por ejemplo: la palabra «guiar» podría referirse a lo que hace un director de orquesta, o a cuando alguien convence a un amigo para que vaya al parque zoológico o inspira a un grupo para que defienda una causa, o a quien manda un pelotón de soldados, o sugiere el primero adónde ir a comer, u ocupa el asiento del conductor cuando varias personas entran en un auto, o toma la iniciativa de pulsar el botón en un ascensor, o elige una puerta y la abre para que otro pase, o preside un comité, o canta más fuerte para ayudar a otros, o indica a un conductor extraviado dónde está la entrada a la autopista, o capitanea un equipo de fútbol, o reúne a la gente para orar.

Por tanto, tengo que explicar con cierto detalle lo que entiendo por responsabilidad madura para guiar; de otro modo, la gente se hará con facilidad falsas ideas que no pretendo transmitir. A continuación presento nueve afirmaciones aclaratorias acerca de lo que significa el liderazgo masculino maduro.

1. *La masculinidad madura se expresa no en la exigencia de ser servido, sino en la fuerza para servir y sacrificarse por el bien de la mujer.*

Jesús dijo: ***Sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve*** (Lc 22:26).

El liderazgo no es un comportamiento exigente, sino que consiste en llevar las cosas adelante hacia un fin determinado. Si ese fin es la santidad y el Cielo, el liderazgo en cuestión desprenderá el santo aroma celestial: la dirección de Cristo.

Por eso, después de decir que *el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia*, Pablo añade: *Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla* (Ef 5:23,25). Jesús guio a su novia a la santidad y al Cielo por el camino del Calvario: parecía débil, pero era infinitamente fuerte diciendo no a la senda de este mundo; y así será una y otra vez con los hombres maduros que tomen la responsabilidad de guiar.

2. La masculinidad madura no asumirá la autoridad de Cristo sobre la mujer, sino que abogará por ella.

El liderazgo implícito en la afirmación *el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia* (Ef 5:23), no es un liderazgo que le da al hombre todos los derechos y la autoridad que tiene Cristo. La analogía entre Cristo y el marido deja de ser válida si se lleva demasiado lejos. En primer lugar, porque, a diferencia de Cristo, todos los hombres pecan. Cristo nunca tiene que pedir perdón a su esposa, mientras que los maridos tienen que hacerlo a menudo.

Además, e igualmente a diferencia de Cristo, un marido no está simplemente preparando una esposa para sí mismo, sino para otro: a saber, Cristo. Él no solo actúa como Cristo, sino también para Cristo; por ello no debe ser Cristo para su esposa, a menos que quiera traicionar al Señor. Estar en el lugar de Cristo debe incluir una renuncia a la tentación de ser Cristo; y ello significa guiar a su mujer para que dependa no de él mismo, sino de Cristo, lo cual excluye prácticamente toda supervisión humillante y fastidiosa. Ella también tiene que dar cuenta a su propio Señor: Jesucristo.

3. *La masculinidad madura no se presume superior, sino que estimula los valores de otros.*

Ningún líder humano es infalible, ni hombre alguno es superior en todos los aspectos a aquellos a quienes guía. Por tanto, un buen líder siempre tendrá en cuenta las ideas de los que le siguen y, a menudo, las aceptará como mejores que las suyas. Esto es válido para los maridos en casa, los ancianos en la iglesia, y en cualquier otro sitio donde sea decisivo el liderazgo. El liderazgo de un hombre no se mide por el desinterés hacia las ideas y los deseos de los demás: un líder entre iguales puede estar rodeado de personas mucho más lúcidas que él. Escuchará, por tanto, y responderá; y si es un buen líder, ellos apreciarán su iniciativa y su dirección a través de los altibajos del proceso de toma de decisiones. El propósito del liderazgo no es demostrar la superioridad del líder, sino estimular todas las capacidades de la gente que les ayudarán a avanzar hacia la meta deseada.

En Efesios 5:28-29 se describe a la mujer como parte del cuerpo del hombre, al igual que la Iglesia es parte del cuerpo de Cristo. De manera que, amando a su esposa, un hombre se ama a sí mismo; lo cual es claramente una aplicación al matrimonio del mandamiento de Jesús que dice: ***Amarás a tu prójimo como a ti mismo*** (Mt 19:19; etc.). Esto excluye cualquier liderazgo que trate a la esposa como a un niño. Ningún marido quiere tampoco que lo traten así.

Además, Cristo no guía a la Iglesia como si fuera una hija suya, sino como a su Esposa: la está preparando para que sea «coheredera» con él (*cf.* Ro 8:17) y no una sirvienta. Cualquier clase de liderazgo que tienda a producir en una esposa inmadurez personal, debilidad espiritual o inseguridad, mediante un control excesivo, una supervisión meticulosa o una dominación opresiva con la excusa de la semejanza con Cristo, no ha comprendido la analogía de Efesios 5. Cristo no crea esa clase de esposa.

4. *La masculinidad madura no tiene por qué iniciar todas las acciones, pero siente la responsabilidad de proporcionar unas pautas generales de iniciativa.*

En una familia, el marido no lleva a cabo toda la reflexión y planificación: su liderazgo consiste en tomar la responsabilidad, en general, de iniciar y llevar a buen término la planificación espiritual y moral de la vida familiar. Digo «en general» porque, «en lo específico» habrá muchas ocasiones y muchas áreas de la vida diaria en que la esposa efectuará todo tipo de planificaciones e iniciativas. Pero debería darse un tono general y un patrón de iniciativa sostenido por el marido.

El patrón de liderazgo sería menos bíblico, por ejemplo, si la esposa tuviera que estar tomando la iniciativa en general para orar en las comidas, hacer que la familia se levantara de la cama los domingos para ir al culto, reunirla para los devocionales, deliberar acerca de qué pautas morales se van a exigir de los hijos, debatir sobre las prioridades económicas, hablar acerca de las posibilidades de ministerio en el vecindario, etc. Una esposa puede iniciar la discusión y planificación en cualquiera de estas cuestiones, pero si llega a ser ella quien siente la responsabilidad general de este patrón de iniciativa mientras su marido adopta una actitud pasiva, algo contrario a la masculinidad y la femineidad bíblicas está en camino.

El psicólogo James Dobson está tan preocupado por recuperar el liderazgo de los maridos en el hogar que llama a esto «la mayor necesidad de Estados Unidos».

Un hombre cristiano tiene la obligación de guiar a su familia lo mejor que pueda. Si su familia ha comprado demasiadas cosas a crédito, entonces la quiebra económica es culpa suya en última instancia. Si la familia nunca lee la Biblia o va pocas veces a la iglesia los domingos, Dios cul-

pa de ello al hombre. Si los niños son irrespetuosos y desobedientes, la responsabilidad principal recae sobre el padre, no sobre su mujer. En mi opinión, la mayor necesidad de Estados Unidos es que los maridos empiecen a guiar a su familias, en vez de volcar todos sus recursos físicos y emocionales en la mera adquisición de dinero.

5. *La masculinidad madura acepta tener la última palabra en los desacuerdos entre marido y mujer, pero no presupone que deba de emplearla en todos los casos.*

En un buen matrimonio la toma de decisiones se centra en el esposo, pero no es unilateral: el hombre solicita la opinión de su esposa y a menudo acepta las ideas de esta. Esto va implícito en el amor que gobierna la relación (cf. Ef 5:25), en la igualdad como personas, implícita en haber sido ambos creados a imagen de Dios (cf. Gn 1:27) y en el estatus común de coherederos **de la gracia de la vida** (1 P 3:7). La toma unilateral de decisiones no es generalmente señal de buen liderazgo, sino que suele ser el resultado de la pereza, la inseguridad o un desconsiderado menosprecio.

Por otra parte, la dependencia de la opinión mancomunada no tendría que llegar al extremo de que la familia vea una debilidad en la toma de decisiones por parte del marido; y tanto este como su esposa deberían concordar en el principio de que la decisión del primero ha de prevalecer, si no implica pecado. Sin embargo, esta convicción no significa que el marido utilice a menudo la prerrogativa del «veto» sobre los deseos de su esposa o su familia: de hecho, puede con frecuencia renunciar a su propia preferencia en favor de la de su mujer si hacerlo no conlleva implicaciones morales. Su reconocimiento de su propio pecado e imperfección le guardarán de pensar que seguir a Cristo le proporciona la capacidad del Señor para saber lo que es mejor acerca de cualquier detalle. No obstante, en un matrimonio bíblico bien ordenado, tanto

el esposo como la esposa reconocen el principio de que, si fuera necesario en alguna discrepancia, el marido aceptará la responsabilidad de tomar la última decisión.

6. *La masculinidad madura expresa su liderazgo en las relaciones sexuales románticas comunicando a estas un aura de búsqueda vigorosa pero tierna.*

Es muy difícil expresar esto con palabras, pero las relaciones sexuales son tan fundamentales para la vida humana que sería un delito no tratar siquiera de decir cómo se expresa la masculinidad en este campo.

Lo que constituye la cualidad singular masculina en el liderazgo en las relaciones sexuales es una mezcla de fuerza y de ternura. De esa combinación de poder y delicadeza, temperamento y cariño, potencia y sensibilidad, virilidad y cortesía, surge un aura de liderazgo masculino que se expresa en la firmeza de su asimiento, la fuerza de tomarla en sus brazos, el elogio verbal continuado, etc. Y hay un sinfín de matices del impulso masculino que lo diferencia del femenino.

También es importante decir, desde luego, que hay una búsqueda femenina en las relaciones sexuales; por eso la palabra «iniciar» no es una descripción exacta del liderazgo masculino en aquellas. La esposa puede muy bien iniciar un interés romántico y continuar impulsando diferentes etapas del proceso. Pero hay una diferencia: la iniciativa femenina es en realidad una invitación al hombre para que lance su propia iniciativa. En cierto sentido, entonces, puede decirse que en esos momentos el hombre está respondiendo; pero en realidad la esposa le está invitando a guiar de una manera como solo el hombre puede hacerlo, a fin de que ella pueda responderle.

No será correcto decir que, ya que la mujer puede legítimamente iniciar, no hay un liderazgo especial que el hombre deba

desempeñar aquí. Cuando una esposa desea tener relaciones sexuales con su esposo, quiere que él la busque, la tome, la abrace y la eleve a los placeres que las iniciativas de este le proporcionan.

Considérese lo que se pierde cuando las mujeres intentan asumir un rol más masculino apareciendo musculosas y agresivas. Es cierto que hay algo sexualmente estimulante en una mujer joven y musculosa, con poca ropa, bombeando hierro en un gimnasio; pero a ninguna mujer debería alentarla este hecho, ya que probablemente ello signifique que el encuentro sexual al que llevará una imagen así será muy apresurado y efímero, y a la larga insatisfactorio. La imagen de una musculatura masculina puede producir excitación en un hombre, pero no produce varias horas de paseo a la luz de la luna con una conversación significativa y cariñosa. Cuanto más puedan las mujeres excitar a los hombres haciendo cosas típicamente masculinas, tanto menos podrán contar con una sensibilidad de parte de estos hacia las necesidades típicamente femeninas. La masculinidad madura no se dejará reducir a un crudo deseo en las relaciones sexuales, sino que permanecerá alerta a las necesidades personales más profundas de una mujer, y combinará la fuerza y la ternura para completar el gozo de esta.

7. La masculinidad madura en la familia se expresa tomando la iniciativa en cuanto a disciplinar a los hijos si el padre y la madre están presentes y se ha quebrantado alguna norma familiar.

Los hijos deben obedecer tanto a su madre como a su padre (*cf.* Ef 6:1). La Biblia considera a las madres como educadoras en el hogar, al igual que los padres (*cf.* Pr 1:8; 6:20; 31:1) y ostentan derechos de autoridad y liderazgo para con sus hijos, del mismo modo que sus maridos. No necesitan esperar hasta que papá llegue a casa del trabajo para propinar unos azotes a un niño desobediente. Pero los hijos deben percibir una dinámica entre mamá y papá que

expresa: «Cuando mamá y papá están presentes, es papá quien se encarga de disciplinarme».

Ninguna mujer debería tener que tomar la iniciativa de corregir a un niño desobediente mientras su marido está sentado cerca despreocupado como si la cosa no importase. Pocas cosas ayudarán a los niños a comprender el significado de la masculinidad responsable y amorosa como ver quién toma la responsabilidad de corregirle cuando mamá y papá están presentes.

8. La masculinidad madura es sensible a las expresiones culturales de masculinidad y se adapta a estas (cuando ello no conlleva pecado) para comunicar a las mujeres que le gustaría relacionarse con ellas no de un modo agresivo o perverso, sino con la madurez y dignidad de un hombre.

Esto significará vestirse de maneras que no sean ni afeminadas ni duras ni agresivas. Significará, también, aprender modales y buenas costumbres. ¿Quién habla en nombre de la pareja en el restaurante?; ¿quién ayuda a sentarse al otro?; ¿quién conduce?; ¿quién abre la puerta?; ¿quién baja primero por el pasillo en el auditorio de música?; ¿quién se levanta y quién se sienta, y cuándo?; ¿quién anda por la calle del lado de la calzada?; ¿cómo se trata un bolso de mujer? Etc., etc. Estas cosas cambian de una cultura a otra y con cada época. La cuestión es que el liderazgo masculino no debe burlarse de ellas ni pasarlas por alto, sino intentar usarlas para cultivar y transmitir un patrón saludable de complementariedad en las relaciones entre hombres y mujeres. La masculinidad madura no tratará de comunicar que esas cosas no importan, sino que reconocerá las innumerables implicaciones de la masculinidad y la feminidad y tratará de preservar las pautas de interacción que dan una expresión natural a esa realidad. Un baile resulta mucho más hermoso cuando los pasos de este son naturales y seguros.

9. *La masculinidad madura reconoce que el llamamiento al liderazgo es un llamamiento al arrepentimiento, la humildad y el riesgo.*

Todos somos pecadores: la masculinidad y la feminidad se han visto distorsionadas por nuestro pecado. Por tanto, la responsabilidad de guiar debe ser una tarea cuidadosa y humilde. Los hombres hemos de admitir que históricamente se han dado graves abusos, y en cada una de nuestras vidas hay muchas razones para la contradicción por causa de nuestra pasividad o actitud dominante. Algunos han descuidado a sus esposas y derrochado el tiempo delante de la televisión, trasteando en el garaje, o saliendo demasiado a menudo con los amigos a cazar, pescar o jugar a los bolos. Otros han sido demasiado posesivos, ásperos, dominantes y despectivos, dando la impresión con sus acciones e insinuaciones de que las esposas son irresponsables o estúpidas.

Deberíamos humillarnos delante de Dios por nuestros fallos y por la tendencia que seguimos teniendo a no asumir nuestras responsabilidades o a excedernos en ellas. El llamamiento al liderazgo no es un llamamiento a exaltarnos a nosotros mismos por encima de ninguna mujer: no es un llamamiento a dominar, rebajar o poner a las mujeres «en su sitio». La mujer es, después de todo, una coheredera de Dios y está destinada para esa gloria que un día deslumbrará los ojos naturales de cada hombre (*cf.* Mt 13:43). El llamamiento al liderazgo es un llamamiento a humillarse a uno mismo y a tomar la responsabilidad de ser un líder-siervo de maneras apropiadas para cada relación distinta con las mujeres. Es un llamamiento a arriesgarnos a quedar en ridículo, a orar como jamás lo hemos hecho, a ser constantes en la Palabra, a planear mejor, ser más resueltos, más considerados, menos arrastrados por el talante del momento, a llevar vidas disciplinadas y ordenadas, a ser tiernos de corazón y sensibles, a tomar la iniciativa para garantizar que encontraremos tiempo y lugar para hablar con nuestra es-

posa de las cosas de que debemos hablar, y a estar listos para poner nuestras vidas por ellas, como hizo Cristo, si fuera necesario.

«... proveer...»

«La esencia de una masculinidad madura es un sentimiento de responsabilidad bondadosa de guiar, proveer...».

El propósito de decir que el hombre debería sentir una responsabilidad de proveer para la mujer no es que esta no deba ayudar al sostenimiento de la familia o de la sociedad en general. Esto lo ha hecho a lo largo de la historia, debido a que buena parte de la vida doméstica requería esfuerzos extraordinarios por su parte solo para mantener la vida de la familia. Hoy en día, en muchas culturas, las mujeres desempeñan un importantísimo papel ganando el pan en el campo, a menudo mientras los hombres realizan tareas mucho menos duras. Es posible ser demasiado exigentes o demasiado restrictivos en cuanto al papel de la mujer en el sostenimiento de la economía familiar. Proverbios 31 nos presenta una esposa con gran habilidad para los negocios familiares.

Lo que quiero decir cuando afirmo que un hombre debería sentir una responsabilidad bondadosa de proveer es lo siguiente: cuando no hay pan en la mesa, tendría que ser el hombre quien sintiera el mayor apremio de procurar que lo hubiera. Eso no significa que su esposa no pueda ayudar, a su lado, en un empresa familiar o trabajando en otro sitio. En realidad, es posible imaginar casos en los que tenga que hacerlo ella todo: por ejemplo, si el marido está enfermo o accidentado. Pero un hombre sentirá comprometida su condición de persona si, debido a la pereza, la insensatez o la falta de disciplina, se convierte en dependiente a largo plazo (¡no solo cuando está en la universidad!) del sueldo de su esposa.

Esto está implícito en Génesis 3, donde la maldición alcanza al hombre y a la mujer en sus esferas naturales de vida. No es una maldición que el hombre deba trabajar en el campo para obtener el pan de la familia o que la mujer dé a luz hijos; la maldición con-

siste en que esas esferas de la existencia se conviertan en difíciles y desalentadoras. Al adjudicar la maldición a sus rebeldes criaturas, Dios apunta al ámbito de vida natural de cada uno. Evidentemente, él tenía en mente desde un principio que el hombre tomara una responsabilidad especial en el sostenimiento de la familia mediante un trabajo para ganar el pan, mientras que la mujer haría lo propio dando a luz hijos y criándolos. Ambas tareas son para el sostenimiento vital, e imprescindibles.

El propósito de este pasaje de Génesis no es definir los límites de las otras cosas que el hombre y la mujer pueden hacer, pero sí indicar que cualquier inversión de papeles en estos niveles básicos de la atención de los niños y del trabajo para ganar el pan será contraria a la intención original de Dios, y contraria también a cómo nos hizo como hombre y mujer para que cumpliéramos los papeles asignados. El sostén económico de la familia es principalmente el deber del marido; cuidar de los niños es ante todo la responsabilidad de la esposa.

Quiero subrayar de nuevo que no se trata aquí de dictar los detalles de cualquier patrón de trabajo en el hogar; se trata de que la masculinidad madura sienta una bondadosa responsabilidad delante de Dios de ser el principal proveedor de la familia. Tiene la sensación de que si Dios llegara y llamase a alguien para pedirle cuentas por no suplir las necesidades familiares, lo haría en primer lugar al hombre (*cf.* Gn 3:9). Y lo mismo sucede en un grupo social de hombres y mujeres que no estén casados: los varones maduros sentirán que, primeramente, aunque no de manera única, es responsabilidad suya el proporcionar la provisión y la protección. El pacto del matrimonio no crea el sentimiento de responsabilidad bondadosa de proveer para las necesidades básicas de alimento y cobijo. En el matrimonio ese sentido de responsabilidad se intensifica y personaliza, pero esta dimensión de la masculinidad madura está en el hombre aparte del matrimonio.

«... y de proteger...»

«La esencia de una masculinidad madura es un sentimiento de responsabilidad bondadosa de guiar, proveer y proteger...».

Supóngase que un hombre y una mujer —puede ser su esposa, su hermana, una amiga o una completa extraña— van por la calle cuando un asaltante los amenaza a ambos con un trozo de cañería de plomo. La masculinidad madura siente una responsabilidad natural dada por Dios de adelantarse y ponerse entre el asaltante y la mujer; y al hacerlo se convierte en su sirviente. Está dispuesto a sufrir por la seguridad de ella, haciendo lo cual le confiere cierto honor. Su sentimiento interior es de responsabilidad por protegerla, porque él es un hombre y ella una mujer.

Hay una masculinidad deforme y pecaminosa que pudiera reclamar una autoridad y un liderazgo con derecho a decir a la mujer que se ponga delante de él y lo proteja de los golpes para que pueda escapar. Pero cualquier hombre sabe que se trata de una perversión de lo que significa ser hombre y ser líder; y toda esposa reconoce que algo anda mal en la masculinidad de un hombre si este le sugiere que se levante de la cama el 50% de las veces para mirar qué es ese extraño ruido en el piso de abajo.

A ella no se la juzga cobarde porque sienta una aptitud natural para ser el objeto de este servicio de parte del varón. Y puede muy bien ser más valiente que él en ese momento, e incluso estar dispuesta a ejecutar acciones intrépidas por su parte. El primer pensamiento de un hombre no es que la mujer que tiene al lado es débil, sino simplemente que él es un hombre y ella una mujer. A las mujeres y los niños se les mete los primeros en los botes salvavidas no porque los hombres sean necesariamente mejores nadadores, sino a causa de un sentimiento profundo de honrosa aptitud: corresponde a la masculinidad aceptar el peligro para proteger a las mujeres.

Tal vez, en un caso dado de peligro, la mujer tenga la fuerza para dar el golpe salvador, y aun puede también que cuente con la

presencia de ánimo para pensar en la mejor forma de escapar, y hasta que luce con uñas y dientes para salvar a un tullido y dar su vida por él si es necesario. Pero estas cosas no disminuyen un ápice el singular llamamiento de la masculinidad cuando el hombre y su compañera se ven juntamente confrontados por un peligro. La dinámica de la masculinidad y la feminidad maduras comienza con él al frente en la escena y ella protegida a sus espaldas; aunque venzan unidos al enemigo o sufran valerosamente juntos en la persecución. Un hombre maduro siente instintivamente que, como hombre, está llamado a tomar la iniciativa para proteger a la mujer con la que se encuentre.

«... a las mujeres...»

«La esencia de una masculinidad madura es un sentimiento de responsabilidad bondadosa de guiar, proveer y proteger a las mujeres...».

No digo «a las esposas», porque, en cierto sentido, la masculinidad inclina al hombre a sentir responsabilidad por el liderazgo y la provisión y protección hacia las mujeres en general, no solo hacia sus esposas o parientas. La masculinidad y la feminidad están arraigadas en quiénes somos por naturaleza; no son simplemente reflejos de una relación marital. El hombre no se convierte en hombre al casarse, pero está claro que la forma que adopta el liderazgo, la provisión y la protección, variarán con el tipo de relación que un varón tenga con una mujer: desde la relación más íntima del matrimonio hasta la más casual con una extraña en la calle. Por esta razón, la descripción de la masculinidad debe concluir con la siguiente frase.

«... de maneras adecuadas para las diferentes relaciones de un hombre».

Efesios 5:22, Tito 2:5 y 1 Pedro 3:1,5, exhortan a las esposas a estar sujetas a «sus propios» (*idiois*) maridos. Esta expresión, «sus propios», demuestra que la relación de liderazgo y sumisión entre

una mujer y su marido debería ser diferente a la relación de liderazgo y sumisión que pueda tener con los hombres en general. Los maridos y las mujeres tienen responsabilidades mutuas en el matrimonio que no tienen con otros hombres y mujeres.

Pero esto no significa que no haya una forma en que la masculinidad y la femineidad afecten a la relación de los hombres y las mujeres en general. El que un hombre tenga una responsabilidad única de liderazgo en su propio hogar no significa que su masculinidad sea desdeñable en otras situaciones. No lo es; pero sí es muy diferente. La responsabilidad de los hombres hacia las mujeres variará según el tipo de relación que mantengan. El esposo y la esposa tienen responsabilidades distintas de las de un pastor con una creyente de su congregación; y estas responsabilidades, a su vez, serán diferentes de las responsabilidades entre hombres y mujeres en los negocios, las actividades lúdicas, el gobierno, el vecindario, el noviazgo, el compromiso de boda... Las posibilidades de que las mujeres y los hombres se encuentren y tengan trato entre sí son sumamente diversas e innumerables. Mi convicción es que la masculinidad madura buscará expresiones adecuadas para su hombría en cada una de estas relaciones.

Estas expresiones de masculinidad incluirán actos de defensa y protección, una disposición al servicio vigoroso y un patrón de iniciativa. Ya he tratado estos tres temas; pero puede que sea provechoso concentrarnos una vez más en esta idea del patrón de iniciativa para diferentes relaciones. La cuestión aquí es que, aunque un hombre no dé los pasos iniciales de liderazgo con una extraña o con una colega de la misma forma que lo hace con su esposa, su masculinidad madura establecerá pautas de iniciativa adecuadas para la relación.

Si un hombre, por ejemplo, trabaja como abogado en un bufete y algunos de sus colegas son mujeres, no iniciará, desde luego,

muchas de las clases de conversaciones que pudiera iniciar con su esposa. De hecho, una de las iniciativas especiales que la masculinidad madura tomará será construir defensas contra el desarrollo de cualquier clase de intimidad inadecuada con sus compañeras de trabajo. Trazar pautas de procedimiento y relacionales para protegerse de las insinuaciones de hombres de conducta dudosa no es primordialmente la responsabilidad de las mujeres. La masculinidad madura tiene la responsabilidad principal de establecer un patrón de comportamiento y actitudes —una especie de coreografía colegial— que capacite a hombres y mujeres para moverse con libertad, soltura y seguridad moral unos con otros.

Si en el transcurso del día una mujer del bufete convoca una reunión de los abogados, tomando así ese tipo de iniciativa, todavía hay formas en que un hombre que va a esa reunión puede expresar su masculinidad por medio de cortesías culturalmente apropiadas hacia las mujeres de la firma. Puede abrirles la puerta, ofrecerles su asiento, hablar en un tono más amable...

Cierto que todo esto se hace cada vez más difícil allí donde una mentalidad unisex convierte tales cortesías caballerosas en insultos e intenta excluir toda forma de expresión de las realidades de la masculinidad y la feminidad. A los cristianos y cristianas maduros, el trabajar en un ambiente así les supondrá cierta tensión; pero es muy posible que mediante la conversación inteligente y un comportamiento cortés y considerado tengan un efecto redentor, aun en lo que sus colegas piensan y sienten acerca de la masculinidad y la feminidad.

Debemos contar con la posibilidad de que en diversas esferas de la vida surjan para hombres y mujeres relaciones en cuanto a su papel que comprometan tan profundamente lo que un hombre o una mujer creen que es apropiado para su condición de varón y mujer que tengan que buscar otros puestos. Esto es lo que J. I. Packer da a entender cuando hace este perspicaz comentario:

Aunque no me gustan mucho los términos jerarquía y patriarcado para describir la relación entre el hombre y la mujer en la Escritura, Génesis 2:18-23 y Efesios 5:21-33 siguen convenciéndome de que la relación hombre-mujer es intrínsecamente irreversible. Con ello quiero decir que, en condiciones normales, una situación en que una jefa tenga un secretario, o en un matrimonio la mujer —como suele decirse— «lleve los pantalones», imprimirá más tensión en la humanidad de ambas partes que si el caso fuera al contrario. Esto es parte de la realidad de la creación, un hecho definido que nada puede cambiar.

Esto nos devuelve a la idea básica de Paul Jewett; a saber:

Nuestro conocimiento de nosotros mismos está ligado, indisolublemente, no solo a nuestro ser humano, sino a nuestro ser sexual. Y en el nivel humano no hay «yo y tú» per se, sino solo ese «yo» que es varón o mujer frente al «tú», al «otro», que es igualmente masculino o femenino.

Creo que esto es verdad, y que Dios no nos ha dejado sin testimonio de nuestra condición de personas masculinas y femeninas. He intentado desarrollar al menos una parte de lo que implica la masculinidad; ahora abordaremos el significado de la feminidad madura.

El significado de la feminidad

Un aspecto importante de la feminidad es cómo responden las mujeres al patrón de iniciativa establecido por la masculinidad madura. Por eso he tratado primero la masculinidad. Gran parte del significado de la feminidad está claramente implícita en lo

que he dicho ya acerca de la condición de varón; de la misma forma que los movimientos de un bailarín de ballet irían implícitos en la descripción de aquellos de su compañero. Sin embargo, es importante que ahora nos centremos en la descripción de la feminidad que hicimos anteriormente y desarrollemos su significado por amor a un retrato equilibrado y atractivo de la masculinidad y la feminidad.

La esencia de una feminidad madura es una disposición liberadora para afirmar, recibir y alimentar la fuerza y el liderazgo de hombres dignos en las maneras adecuadas para las diferentes relaciones de una mujer.

«La esencia de...»

Esta frase, de nuevo, indica que la definición de la feminidad no es exhaustiva: la feminidad consiste en más cosas, pero no en menos. Creo que esto es esencialmente lo que significa la verdadera feminidad, aunque nuestra existencia complementaria sea un misterio que jamás podremos sondear plenamente.

«... una feminidad madura...».

La palabra «madura» implica que hay distorsiones de la feminidad, y que en ocasiones se identifican como esencia de esta unos estereotipos falsos o inmaduros. En su libro *Feminine, Free and Faithful* (Femenina, libre y fiel), Ronda Chervin presenta una lista de lo que la gente considera corrientemente «rasgos femeninos positivos» y «rasgos femeninos negativos». Los participantes en sus talleres afirman positivamente que las mujeres son...

Sensibles, compasivas, empáticas, perseverantes, amables, cariñosas, tiernas, hospitalarias, receptivas, diplomáticas, consideradas, educadas, afirmativas, intuitivas, prudentes, perceptivas, sensibles, espirituales, sinceras, vulnerables (en el sentido de emocionalmente abiertas), obedientes, confiadas, desenvueltas, dulces, expresivas, encantadoras, delicadas, tranquilas, sensualmente receptivas (en contraposición a mojigatas), fieles y puras.

Luego, Chervin presenta una relación de mujeres que exhiben muchos de estos rasgos: Rut, Noemí, Sara, María (la madre de Jesús), Cordelia (de *El rey Lear*), Melania en *Lo que el viento se llevó*, Grace Kelly y la madre Teresa de Calcuta. Por otra parte, la gente estereotipa a menudo a las mujeres con rasgos negativos como...

Débiles, pasivas, serviles, lloronas, sin personalidad, seductoras, coquetas, vanidosas, charlatanas, tontas, sentimentales, ingenuas, deprimidas, mezquinas, maliciosas, mojigatas, manipuladoras, quejasas, rencillosas, mohínas, asfixiantes y rencorosas.

Queda claro, entonces, que al hablar de feminidad debemos distinguir cuidadosamente entre las distorsiones de esta y el diseño original de Dios. La «feminidad madura» no se refiere a lo que el pecado ha hecho de la mujer, ni a lo que hace de ella la opinión popular, sino a lo que Dios quiso que fuera en el mejor de los casos.

«... es una disposición liberadora...».

Me concentro en la feminidad madura como disposición y no como un conjunto de comportamientos o papeles, porque la feminidad madura se expresará de muchas formas distintas, dependiendo de la situación. Hay cientos de comportamientos que pueden ser femeninos en una situación y no serlos en otra; y los actos específicos resultantes de la disposición de la feminidad varían considerablemente de relación a relación, por no decir de una cultura a otra.

La realidad bíblica de la sumisión de una esposa, por ejemplo, adoptaría formas distintas según la calidad del liderazgo de su marido. Esto podemos verlo mejor si definimos la sumisión no en términos de unas conductas especiales, sino como una disposición a ceder a la autoridad del marido y una inclinación a aceptar su liderazgo. Es importante hacer esto porque ninguna sumisión de un ser humano a otro es absoluta. El marido no sustituye a Cristo co-

mo autoridad suprema para la mujer. Por ejemplo, ella jamás debe seguir a su esposo en el pecado: no robará con él, ni se emborrachará con él, ni se deleitará con él en la pornografía, ni urdirá tramas engañosas con él.

Pero aun cuando una esposa cristiana tenga que resistir con Cristo a la voluntad pecaminosa de su marido, todavía puede conservar un espíritu sumiso: una disposición a ceder. Por su actitud y comportamiento puede demostrar que no le gusta resistir a la voluntad de su esposo, y que anhela que este deje el pecado y la guíe en rectitud para que su disposición a honrarlo como cabeza pueda traer de nuevo la armonía.

La disposición de la feminidad madura se experimenta como liberadora; ello es debido a que se ajusta a la verdad del propósito de Dios en la Creación: la verdad que hace libre (*cf.* Jn 8:32). Existen sensaciones de independencia ilimitada que no son verdadera libertad, porque niegan la verdad y están destinadas a la catástrofe. Dos mujeres, por ejemplo, pueden saltar de un avión y experimentar la emocionante libertad de la caída libre; pero una va cargada con un paracaídas, mientras que la otra se encuentra libre de esa carga. ¿Cuál de las dos es más libre? Aquella que no lleva paracaídas se siente libre, aún más libre, porque no sufre la presión de las correas del mismo; pero no es libre verdaderamente. Se encuentra atada por la fuerza de la gravedad y por el engaño de que todo va bien porque se siente descargada. Ese falso sentimiento de libertad es, de hecho, estar esclavizada a la desgracia, que seguro le sobrevendrá después de ese momento de placer pasajero.

Esa es la manera como entienden hoy en día muchas mujeres (y muchos hombres) la libertad: la consideran en función de una sensación de licencia o independencia inmediatas. Pero la verdadera libertad tiene en cuenta la realidad de Dios y el propósito divino para la Creación, y trata de encajar suavemente en el plan bueno del Señor. La libertad sí que incluye el hacer lo que desea-

mos hacer; pero la mujer prudente y madura no busca esa libertad forzando la realidad para que se amolde a sus deseos, sino dejándose transformar mediante la renovación de dichos deseos para ajustarse a la *perfecta* [...] *voluntad de Dios* (Ro 12:2). La libertad más grande consiste en que el Espíritu de Dios nos cambie tanto que podamos hacer aquello que deseamos hacer sabiendo que se ajusta al plan de Dios y conduce a la vida y a la gloria.

Dios no quiere que las mujeres se sientan sofocadas, confinadas o frustradas; pero tampoco que hagan cualquier cosa que parezca eliminar tales sentimientos sin considerar lo apropiado de la acción. A veces, la libertad viene de un cambio externo en las circunstancias; otras, procede de cambios interiores de la mente y el corazón. Hoy en día, muchos dicen, por ejemplo, que la verdadera libertad para una lesbiana será ser libre de actuar según su preferencia sexual; pero yo diría que la verdadera libertad no puede pasar por alto el juicio de Dios sobre la actividad homosexual ni la voluntad divina de que los hombres y las mujeres sean heterosexuales en su trato más íntimo. Por tanto, la verdadera libertad no consiste en ceder a cada uno de nuestros impulsos, sino en el a veces doloroso, y jubiloso, descubrimiento del poder de Dios para lograr la libertad de nuestro pecaminoso yo.

Creo que la feminidad a la cual Dios llama a las mujeres es el sendero de la libertad para toda mujer. No tendrá el mismo aspecto para cada una, pero pondrá ciertas responsabilidades sobre todas las mujeres, del mismo modo que la masculinidad madura lo hace sobre todos los hombres. Algunas de dichas responsabilidades se expresarán de forma muy natural; otras deberemos desarrollarlas mediante la oración, la fe y la práctica. Pero este proceso de crecimiento no es más restrictivo que el de cualquier mujer joven hacia unas pautas de comportamiento maduro que la capacitará para actuar con una libertad natural en compañía de adultos.

«... para afirmar, recibir y alimentar la fuerza y el liderazgo de hombres dignos...».

«La fuerza y el liderazgo» a que nos referimos aquí es lo que se describió anteriormente al hablar de la responsabilidad de la masculinidad madura de guiar, proveer y proteger. La calidad de esa fuerza y de ese liderazgo se recoge en la frase «de hombres dignos». Reconozco que hay fuerzas y liderazgos que son indignos de ser afirmados por una mujer; y no pretendo definir la feminidad como una mera respuesta a cualesquiera hombres pecaminosos que se presenten. La feminidad madura está arraigada en un compromiso con Cristo como Señor y tiene discernimiento en cuanto a lo que aprueba. La feminidad madura posee una visión clara y bíblica de la masculinidad madura. La mujer se deleita en esta como el hombre lo hace en la feminidad madura: cada uno le concede al otro la mayor amplitud para su expresión natural, pura y madura. Pero cuando un hombre no posee una masculinidad madura, la respuesta de una mujer madura no consiste en abandonar su feminidad; antes bien, esta queda intacta como un deseo de que las cosas sean como Dios quiso que fueran. Pero ella también reconoce que la expresión natural de su feminidad se verá impedida por la inmadurez del hombre que tiene delante.

Mi definición de la esencia de la feminidad incluye tres palabras para describir la respuesta de una mujer a la fuerza y el liderazgo de hombres dignos: afirmar, recibir y alimentar.

«Afirmar» significa que las mujeres maduras defienden la clase de complementariedad masculino-femenina que describimos aquí. Esto es importante destacarlo, porque puede que haya ocasiones en que las mujeres no tengan interacción con hombres y, aun así, sean maduras en su feminidad. Esto se debe a que la feminidad es una disposición para afirmar la fuerza y el liderazgo de hombres dignos, no solo para experimentar estas cosas de primera mano. También es cierto porque, como veremos más adelante, hay

algunas virtudes y perspicacias exclusivamente femeninas que las mujeres incorporan a su personalidad aun antes de poderse las dar a ningún hombre.

«Recibir» significa que la feminidad madura considera natural, y acepta con agrado, la fuerza y el liderazgo de hombres dignos. Una mujer madura se alegra cuando un hombre respetuoso, solícito y recto le ofrece su fuerza delicadamente y proporciona un patrón de iniciativas apropiadas en su relación. Ella no quiere invertir esos papeles: le agrada que el hombre no sea pasivo, y se siente realzada, honrada y liberada por la fuerza solícita y el liderazgo servicial de este.

«Alimentar» significa que una mujer madura siente la responsabilidad no solo de recibir, sino de alimentar y fortalecer los recursos de la masculinidad. Ella tiene que ser su compañera y ayudante; se une a él en el ejercicio de su fuerza y en el proceso del liderazgo. Es, como dice Génesis 2:18, *ayuda idónea para él*.

Esto puede parecer paradójico: el que ella fortalezca la fuerza que recibe y afirme y alimente el liderazgo que busca, pero no es ni contradictorio ni ininteligible. Hay aptitudes y percepciones que las mujeres aportan a una relación y en las cuales los varones no contribuyen. Con mi definición de la feminidad no quiero decir que las mujeres sean meros recipientes respecto a los hombres: las mujeres maduras aportan aptitudes sustentadoras y percepciones que hacen a los varones más fuertes y sabios y que enriquecen la relación.

NOTA: Tenemos que ser precavidos aquí en cuanto a la diferencia entre las aptitudes de hombres y mujeres. Siempre que se nos pregunte si pensamos que las mujeres son, por ejemplo, más débiles que los hombres o más listas que ellos, o que se asustan con más facilidad que los varones, o cosas por el estilo, una buena respuesta sería: «Las mujeres son más débiles en un sentido y los hombres más débiles en otro; las mujeres son más listas en deter-

minadas formas y los hombres en otras; las mujeres se asustan con más facilidad en cierta clase de circunstancias y los hombres en otras».

Resulta bastante engañoso atribuir valores negativos a las supuestas debilidades que cada uno de nosotros tiene en virtud de su sexualidad. Dios quiere que todas las «debilidades» característicamente masculinas estimulen y destaquen los puntos fuertes de la mujer; así como que todas las «debilidades» que son característicamente femeninas estimulen y destaquen las virtudes del hombre.

La persona que supone ingenuamente que los hombres son superiores debido al tipo de fuerza que poseen, tal vez quiera considerar estas estadísticas de 1983: Hay seis veces más de hombres que de mujeres a los que se arresta por abuso de estupefacientes; hay diez veces más de hombres que de mujeres arrestados por embriaguez; el 83% de los crímenes más graves en EE.UU. los cometen los hombres; hay veinticinco veces más de hombres que de mujeres en la cárcel; y prácticamente todas las violaciones las cometen los varones.

Destaco estas cosas para demostrar que alardear de que cualquiera de los sexos es superior al otro constituye una estupidez. Los hombres y las mujeres, como Dios los creó, son diferentes en multitud de formas, y una manera útil de describir nuestra igualdad y nuestras diferencias es la siguiente: Imagínese las supuestas debilidades y virtudes del hombre y de la mujer enumeradas en dos columnas. Si pudiera atribuir un valor numérico a la suma de cada una de esas columnas, sería el mismo. Cualesquiera disminuciones e incrementos que hubiera en un lado y en el otro se compensarían. Y si tomamos ambas columnas y las ponemos, por así decirlo, la una encima de la otra, Dios quiere que sean perfectamente complementarias a fin de que cuando consideremos nuestra vida juntos (y no me refiero solo a la vida de casados), las debilidades de la mas-

culinidad no aparezcan como debilidades y aquellas de la mujer tampoco se vean así. Se trata simplemente de los complementos que estimulan las diferentes aptitudes de uno y otro sexo. Si es verdad que la masculinidad y la feminidad deben complementarse en vez de copiarse, y si lo es también que la forma en que Dios nos hizo es buena, entonces deberíamos ser muy precavidos a la hora de hacer una lista de debilidades típicas del varón o debilidades típicas de la mujer, y no sacar la conclusión de que cualquiera de ellos es menos valioso que el otro. Los hombres y las mujeres poseen igual valor y dignidad ante los ojos de Dios, ya que ambos fueron creados a la imagen divina y son completamente únicos en el universo.

«... en las maneras adecuadas para las diferentes relaciones de una mujer...».

«La esencia de una feminidad madura es una disposición liberadora para afirmar, recibir y alimentar la fuerza y el liderazgo de hombres dignos en las maneras adecuadas para las diferentes relaciones de una mujer».

La feminidad madura no se expresa de la misma manera con cada hombre: una mujer madura que esté casada, por ejemplo, no agradecerá la misma clase de fuerza y liderazgo de otros hombres como lo hace con su marido; pero afirmará, recibirá y alimentará la fuerza y el liderazgo de los varones de alguna manera en todas sus relaciones con los hombres. Esto es así aunque pueda tener que desempeñar ciertos papeles que la colocan por encima de ellos. Sin juzgar lo apropiado o no de dichos papeles, veamos estos distintos casos posibles:

- Primera ministra y sus asesores y consejeros.
- Directora de escuela y los profesores de esta.
- Profesora universitaria y sus estudiantes.
- Chófer de autobús y sus pasajeros.
- Encargada de librería y sus dependientes y ayudantes de almacén.

- Médico de hospital y sus enfermos.
- Abogada y sus ayudantes.
- Oficial de policía y los ciudadanos de su distrito.
- Legisladora y sus ayudantes.
- Presentadora de noticiario televisivo y sus redactores.
- Psicóloga y sus pacientes.

Uno o más de estos papeles podrían estirar las expresiones apropiadas de la feminidad más allá del punto de ruptura; pero, en cualquier caso, sea cual fuere la relación en que se encuentre una mujer, la feminidad madura tratará de expresarse con maneras adecuadas. Hay formas de interacción de una mujer hasta con un subordinado varón que demuestran a este —y a los demás— el respaldo que brinda a su masculinidad madura respecto de ella como mujer. No estoy pensando en nada parecido a las sugerencias o insinuaciones sexuales, sino más bien en expresiones culturalmente apropiadas de respeto por su clase de fuerza y una aceptación gustosa de sus caballerosas cortesías. El porte de ella —su tono, estilo, disposición y discurso en su posición como superior— puede indicar claramente que afirma el singular papel que los varones deberían desempeñar en relación con las mujeres debido al sentimiento de responsabilidad que ellos tienen en cuanto a proteger y guiar.

Es obvio, a estas alturas, que estamos en la frontera de la contradicción, sugiriendo que una mujer puede tener un puesto de liderazgo y desempeñarlo de forma que muestre su respaldo al sentimiento de responsabilidad de los hombres en cuanto a guiar. Pero las complejidades de la vida nos exigen correr ese riesgo. Como ilustración, resulta sencillamente imposible que de vez en cuando no se coloque a una mujer en alguna posición de influencia o dirección sobre los hombres. Por ejemplo, un hombre puede preguntarle a un ama de casa que está en el jardín trasero de su casa cómo llegar a la autopista. En ese momento, ella está ejerciendo

cierta clase de liderazgo: tiene un conocimiento superior, que el hombre necesita, y este se somete a su guía. Pero todos sabemos que hay una manera en que dicha ama de casa puede dirigir al hombre sin que ni él ni ella sientan comprometida su feminidad o su masculinidad madura. No es ninguna contradicción hablar de ciertas clases de influencia de parte de las mujeres para con los hombres que afirman la responsabilidad de los varones de proveer un patrón de fuerza e iniciativa.

Pero, como dije anteriormente, hay papeles que estiran demasiado la condición de persona de hombres y mujeres como para que sean adecuadas, productivas y saludables para la estructura general del hogar y la sociedad. Algunos papeles implicarían ciertos tipos de liderazgo y de expectativas de autoridad, y ciertas clases de fuerza, que harían inapropiado para la mujer el desempeñarlos. Sin embargo, en vez de intentar hacer una lista de qué trabajos podrían ser expresiones de la feminidad o de la masculinidad madura, será más prudente dar algunas pautas al respecto.

Resulta evidente que no podemos ni deberíamos prohibir a las mujeres influir en los hombres. La oración, por ejemplo, es ciertamente un medio que les ha sido divinamente asignado para hacer que los hombres lleguen adonde Dios quiere tenerlos. Las mujeres que oran ejercen mucho más poder en este mundo que todos los líderes políticos juntos; y esta clase de influencia poderosa se acrecienta inmensamente cuando consideramos en qué medida los efectos de cómo las madres forman a sus hijos e hijas es lo que moldea este mundo. Esta influencia tal vez sea más eficaz que todo el liderazgo de los hombres.

Así que deberíamos plantear la siguiente pregunta: «¿Qué tipo de influencia de las mujeres maduras sobre los hombres sería inadecuada?». Resultaría una tarea desesperada intentar definirla caso por caso: hay cientos de trabajos distintos en la iglesia y en el mundo, con innumerable variedad de relaciones entre hombres y

mujeres. En vez de una lista en blanco y negro de «trabajos de hombre» y «trabajos de mujer», sería mejor dar un conjunto de criterios que ayuden a la mujer a reflexionar acerca de si las responsabilidades de un determinado trabajo le permitirán mantener el orden creado por Dios para la masculinidad y la femineidad maduras.

He aquí un posible conjunto de criterios. Todo acto de influencia o de orientación puede describirse según estos dos continuos:

Personal / No personal.

Directivo / No directivo.

En la medida en que la influencia de una mujer sobre un hombre sea personal y directiva, por lo general ofenderá al buen sentido de responsabilidad y liderazgo dado por Dios a ese hombre y, de esta manera, contradirá el orden establecido por Dios.

Una mujer puede diseñar el sistema de tráfico de las calles de una ciudad y ejercer así un tipo de influencia sobre todos los conductores varones. Pero esta influencia no será personal y, por tanto, no supondrá necesariamente una ofensa contra el orden creado por Dios. Y de igual manera, los planos y las especificaciones de una arquitecta pueden guiar el comportamiento de los constructores y obreros, pero serán tan poco personales que la dinámica de las relaciones femenino-masculinas resultará imperceptible. Por otro lado, las relaciones entre un esposo y una esposa son muy personales.

Todo ejercicio de influencia se mueve dentro del continuo entre lo personal y lo no personal; y cuanto más se acerque al lado de lo personal, tanto más inadecuado será para las mujeres ejercer una influencia directiva.

Pero el segundo continuo puede matizar el primero: algunas influencias son muy directivas, mientras que otras no lo son en absoluto. Por ejemplo, un sargento instructor sería el epítome de la influencia directiva, y resultaría difícil ver cómo una mujer podría

ser esa clase de sargento para varones sin violar el sentimiento de masculinidad de estos y su propio sentimiento de feminidad.

La influencia no directiva actúa mediante petición y persuasión en vez de con órdenes. Un hermoso ejemplo de un liderazgo no directivo es cuando Abigail persuadió a David para que no matase a Nabal (*cf.* 1 S 25:23-35). Ella ejerció una gran influencia sobre aquel y cambió el curso de su vida; pero lo hizo con una asombrosa mesura, sumisión y discreción.

Cuando combinamos estos dos continuos, el resultado es el siguiente: si el trabajo de una mujer implica dar muchas órdenes a hombres, estas deberán ser, generalmente, no personales.

El sentimiento de responsabilidad, divinamente asignado, por el liderazgo en un hombre maduro, no le permitirá a este, por lo general, florecer por mucho tiempo bajo la guía directiva de una superior femenina. J. I. Packer sugiere que «una situación en la cual una jefa tiene un secretario varón» presiona la humanidad de ambos; y pienso que lo mismo sucedería en otras situaciones. Algunas de las más obvias se darían en escenarios de guerra, si las mujeres tuvieran cargos que implicaran el despliegue y el mando de hombres; o en la liga de béisbol profesional, en caso de ponerse de árbitro a una mujer para anunciar los tantos y los fallos, y resolver las frecuentes disputas acaloradas entre los hombres. Y yo subrayaría que esto no se debe necesariamente al egotismo (sentimiento exagerado de la propia personalidad) masculino, sino a una inclinación buena y natural dada por Dios.

E inversamente, si la relación de una mujer con un hombre es muy personal, entonces su forma de brindarle dirección tendrá que ser no directiva. El ejemplo más claro aquí es la relación matrimonial. El apóstol Pedro habla del espíritu afable y apacible de una buena esposa que puede ser muy atractivo para su marido (*cf.* 1 P 3:4). Una esposa que aconseja de manera muy enérgica, probablemente empujará a su esposo al silencio pasivo o a una ira activa.

No es ninguna estupidez decir que una mujer que cree que debe guiar a un hombre a un cambio de comportamiento, haya de hacerlo de modo que demuestre apoyo por el liderazgo del varón. Esto es precisamente lo que el apóstol Pedro recomienda en 1 Pedro 3:1 y siguientes. Y de igual manera, en el lugar de trabajo, puede que no sea disparatado el que una mujer provea cierta clase de dirección a un hombre, pero haciéndolo de tal manera que manifieste respaldo por su singular deber, como varón, de sentirse responsable de ofrecer fuerza, protección y liderazgo hacia ella como mujer y hacia las mujeres en general.

La idea bíblica de la complementariedad

La idea de la complementariedad masculina-femenina esbozada en este artículo es la visión que presenta la Biblia; desde luego, no se trata de una descripción perfecta, pero sí de una representación fiel de dicha visión. Así es como Dios quiso que fuera antes de haber pecado en el mundo: el hombre sin contaminación, lleno de amor, en su fuerte y tierno liderazgo respecto de la mujer; y la mujer sin pecado, llena de amor, en su apoyo gozoso y sensible al liderazgo masculino. Sin ningún menosprecio por parte del hombre ni postración alguna de la mujer, sino dos seres inteligentes y humildes absortos en Dios, viviendo sus singulares y distintas responsabilidades en deliciosa armonía. El pecado ha distorsionado este propósito en todos los niveles. Ya no somos inocentes; pero creemos que es posible recuperar la masculinidad y la feminidad maduras, gracias al poder del Espíritu de Dios, por medio de la fe en sus promesas y en obediencia a su Palabra.

En el hogar, cuando el marido guía siguiendo el ejemplo de Cristo y la esposa responde como la Novia de este, se dan una armonía y una reciprocidad más hermosas y gratificantes que cualquier patrón matrimonial creado por el hombre. El liderazgo bíbli-

co del marido es el llamamiento divino a tomar la responsabilidad de ser un líder-siervo según el carácter de Cristo, a proteger a la familia y a proveer para ella. Y la sumisión bíblica de la esposa es el llamamiento divino a honrar y afirmar el liderazgo de su esposo, y a ayudarlo a desempeñarlo según los dones que ella tenga. Este es el sendero del gozo; porque Dios ama a su pueblo y ama su gloria. Por tanto, cuando nos guiamos por su idea del matrimonio (esbozada en pasajes como Gn 2:18-24; Pr 5:15-19; 31:10-31; Mr 10:2-12; Ef 5:21-33; Col 3:18-19; y 1 P 3:1-7) quedamos de lo más satisfechos y él resulta glorificado en grado sumo.

Y lo mismo puede decirse del plan de Dios para el liderazgo en la Iglesia. La realidad del hombre como cabeza y de la sumisión de la mujer en el matrimonio tiene sus homólogos en la Iglesia. Así, Pablo nos habla de la autoridad y la sumisión en 1 Timoteo 2:11-12; y vamos a intentar demostrar que el término «autoridad» se refiere al llamamiento divino a hombres espirituales dotados para que tomen la responsabilidad principal como ancianos en un liderazgo de servicio y una enseñanza eclesial según el carácter de Cristo. Y la palabra «sumisión» hace referencia al llamamiento divino al resto de la Iglesia, tanto hombres como mujeres, a honrar y afirmar el liderazgo y la enseñanza de los ancianos y a dejarse capacitar por estos para los innumerables y variados ministerios disponibles, tanto para varones como para mujeres, en el servicio de Cristo.

Este último punto es muy importante: hay un sinfín de áreas de oportunidad para aquellos hombres y mujeres que tienen deseos de ministrar salvando almas, restaurando vidas arruinadas, resistiendo a la maldad y supliendo necesidades. Dios quiere que toda la Iglesia se movilice para el ministerio: hombres y mujeres. Nadie debe quedarse en casa viendo folletines televisivos o partidos de fútbol mientras el mundo arde; y el propósito de Dios es capacitar y movilizar a los santos mediante un grupo de hombres espirituales que tomen la principal responsabilidad de liderar y enseñar en la Iglesia.

La palabra «principal» es muy importante, ya que indica que hay diferentes tipos y niveles de enseñanza y de liderazgo que no serán únicamente responsabilidad de varones (Tit 2:3; Pr 1:8; 31:26; Hch 18:26). La masculinidad madura tratará de descubrir, por medio de la oración, el estudio y una obediencia humilde, el patrón de participación en el ministerio para hombres y mujeres que aprovecha los dones de cada cristiano y honra el orden de liderazgo dado por Dios y ejercido por hombres espirituales.

Hoy en día hay muchas voces que pretenden conocer una forma mejor de capacitar y movilizar a hombres y mujeres para la misión de la Iglesia. Nosotros creemos que la masculinidad y la feminidad se combinan mejor en el ministerio cuando los hombres toman la principal responsabilidad de liderar y enseñar en la congregación, y que la masculinidad y la feminidad maduras se preservan, fomentan, realizan y llevan más fruto en este orden eclesial que en ningún otro.

Si tuviera que señalar un pecado devastador hoy en día, no sería el llamado movimiento feminista, sino la falta de liderazgo espiritual por parte de los varones en la familia y en la Iglesia. Satanás ha obtenido una asombrosa victoria táctica al difundir la idea de que el llamamiento al liderazgo de los varones nace de la soberbia y de la condición caída de estos, cuando en realidad es precisamente la soberbia lo que impide un liderazgo espiritual. El problema principal reside en la falta de rumbo, la debilidad, el letargo y la pérdida de nervio entre los hombres, y no tanto en el aumento de interés en los ministerios femeninos.

La soberbia, la autocompasión, el miedo y la pereza están atrayendo a muchos hombres para que se refugien en una silenciosa crisálida de autoprotección y exaltación de sí mismos. Y en la medida en que esto hace sitio para que las mujeres tomen un mayor papel de liderazgo, se respalda como una virtud.

¿Dónde están los hombres con un visión moral para sus familias, un celo por la casa del Señor, un espléndido compromiso con el avance del Reino, un entusiasmo elocuente por la misión de la Iglesia, y una tierna tenacidad para hacerla real?

Cuando el Señor nos visite desde lo alto y cree un poderoso ejército de hombres profundamente espirituales comprometidos con la Palabra de Dios y la misión global, la inmensa mayoría de las mujeres se regocijarán por el liderazgo de tales hombres y entrarán en un gozoso compañerismo que honre y realce el hermoso patrón bíblico de la masculinidad madura y la feminidad madura.

Desafío final para hombres y mujeres

Hace varios años, las mujeres de nuestra iglesia pidieron un seminario matutino en el que yo expusiera mi visión de la masculinidad y la feminidad y la discutiera con ellas. Yo ansiaba una oportunidad así: de modo que pasamos juntos un sábado por la mañana. Aquello me resultó muy alentador: tenían muchas preguntas difíciles que hacer, pero, por lo general, respaldaban maravillosamente la visión que yo estaba compartiendo. No todas las mujeres de nuestra iglesia ven las cosas exactamente de la misma manera; pero aquellas que se manifestaron ese sábado eran defensoras entusiastas del tipo de masculinidad y feminidad que se representa en este ensayo.

Concluí dicho seminario con un desafío personal de quince puntos a las mujeres de nuestra iglesia. El desafío en cuestión tiene algunas partes que expresan los enfoques especiales de nuestra congregación, pero he creído que sería una forma útil y práctica de terminar este ensayo. Y para equilibrar las cuentas, he escrito un desafío correspondiente para los hombres. Diez de los puntos son prácticamente iguales para hombres y mujeres (1-8; 12-13); y aun- que me doy cuenta de que estos desafíos se inclinan bastante hacia

la dinámica de la relación matrimonial, quiero subrayar que considero el celibato como un llamamiento excelente, seguido, nada más y nada menos, que por Jesús y el apóstol Pablo. Las definiciones de la masculinidad y la femineidad expresadas en este ensayo y los desafíos siguientes no presuponen la necesidad de estar casado para ser plenamente varón o plenamente mujer.

Mi más solemne desafío para ti y mi oración es:

Mujeres:

1. Que vuestra vida entera, cualquiera que sea vuestro llamamiento, esté dedicada a la gloria de Dios.

2. Que confiéis tan plenamente en las promesas de Cristo que la paz, el gozo y la fortaleza llenen vuestra alma hasta rebosar.

3. Que esta plenitud de Dios se desborde en actos de amor diarios para que la gente pueda ver vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

4. Que seáis mujeres del Libro, que aman, estudian y obedecen la Biblia en cada área de su enseñanza; que la meditación de la verdad bíblica sea para vosotras la fuente de esperanza y de fe; que sigáis creciendo en entendimiento con cada capítulo de vuestras vidas, sin pensar nunca que el estudio y el crecimiento son solo para otras.

5. Que seáis mujeres de oración, para que la Palabra de Dios se os abra, y así, el poder de la fe y la santidad descendan sobre vosotras; que vuestra influencia espiritual pueda aumentar en el hogar, en la Iglesia y en el mundo.

6. Que seáis mujeres con una profunda comprensión de la gracia soberana de Dios que refuerza todos estos procesos espirituales; y que seáis, asimismo, pensadoras profundas en las doctrinas de la gracia, y aún más profundas amantes, si cabe, de las mismas.

7. Que estéis plenamente comprometidas con el ministerio, cualquiera que sea vuestro llamamiento específico; que no desper-

diciéis el tiempo con folletines televisivos, revistas para mujeres, o pasatiempos sin importancia o compras; que redimáis el tiempo para Cristo y para su Reino.

8. Si sois solteras, que aprovechéis vuestro celibato al máximo en la devoción a Dios —como hicieron Jesús y Pablo, Mary Slessor y Amy Carmichael— y no os dejéis paralizar por el deseo de casaros.

9. Si estáis casadas, que respaldéis imaginativa, inteligente y sinceramente el liderazgo de vuestros esposos, tan profundamente como la obediencia a Cristo os lo permita; que los alentéis en el papel de cabeza que Dios les ha dado; que influyáis en ellos espiritualmente, sobre todo mediante vuestra tranquilidad denodada, y la santidad y la oración.

10. Si tenéis hijos, que aceptéis la responsabilidad, junto con vuestro marido, o solas si es necesario, de educarlos en disciplina y amonestación del Señor: niños que tengan espereza en el triunfo de Dios. Que compartáis con vuestros esposos la enseñanza y la disciplina que vuestros hijos necesitan, proporcionándoles la relación especial que ansían con vosotras, así como ese contacto y esa atención cariñosa que solo vosotras podéis darles.

11. Que no supongáis que el trabajo secular es un desafío mayor o un mejor uso de vuestra vida que las innumerables oportunidades de servicio y testimonio en el hogar, el vecindario, la comunidad, la Iglesia y el mundo; que no solo os hagáis la pregunta: «¿Carrera o ama de casa a tiempo completo?»; sino, con la misma seriedad: «¿Carrera a tiempo completo o libertad para el ministerio?». Que os planteéis: ¿Qué sería de más valor para el Reino: trabajar para alguien que me dice lo que debo hacer para que prospere su negocio o ser un agente libre de Dios soñando mi propio sueño acerca de cómo pueden mi tiempo, mi hogar y mi creatividad hacer prosperar los negocios de Dios? Y que en todo esto toméis vuestras propias decisiones no en función de las tendencias secula-

res o de las expectativas de mejorar el estilo de vida, sino de aquello que fortalecerá la fe de la familia y adelantará la causa de Cristo.

12. Que tratéis de ver la situación con cierta perspectiva (con vuestros maridos, si estáis casadas) y planeéis las diversas formas de ministerio en vuestra vida capítulo a capítulo. Los capítulos están determinados por diferentes factores: la edad, la fuerza, el celibato, el matrimonio, el trabajo, los hijos en casa, los hijos en la universidad, los nietos, la jubilación, etc. Ningún capítulo cuenta con todas las alegrías: la vida finita consiste en una serie de trueques. Buscar la voluntad divina y vivir para la gloria de Cristo al máximo en cada capítulo es lo que convierte la vida en un éxito; no que parezca un capítulo de la vida de alguna otra persona o que tenga lo que solo algún otro capítulo puede traer.

13. Que adquiráis una mentalidad y un estilo de vida de tiempos de guerra; que jamás olvidéis que la vida es corta, que miles de millones de personas se hallan en la balanza entre el Cielo y el Infierno cada día, que el amor al dinero es un suicidio espiritual, que la meta del ascenso en la escala social (mejores vestidos, coches, casas, vacaciones, comidas, pasatiempos) son un pobre y peligroso sustituto del vivir para Cristo con todas vuestras fuerzas y de disfrutar al máximo ministrando a las necesidades de la gente.

14. Que en todas vuestras relaciones con los hombres (no solo en el matrimonio) busquéis la guía del Espíritu Santo para aplicar la idea bíblica de la masculinidad y la feminidad; que adquiráis un estilo y un porte que hagan justicia al papel singular que Dios le ha dado al hombre de sentirse responsable de proporcionar un liderazgo refinado respecto de las mujeres: un liderazgo que implica elementos de protección, provisión y un patrón de iniciativa; que seáis imaginativas y culturalmente sensibles (como debe serlo él) conformando el estilo y fijando el tono de vuestra interacción con los hombres.

15. Que veáis las pautas bíblicas de lo que es adecuado e inadecuado para los hombres y las mujeres, no como limitaciones arbitrarias de la libertad, sino como sabias y refinadas recetas para descubrir la verdadera libertad del ideal divino de la complementariedad; que no midáis vuestro potencial por los pocos papeles que se os niegan, sino por la innumerable cantidad de los que se os ofrecen; que miréis al amoroso Dios de la Escritura y soñéis acerca de las posibilidades que tenéis de servirle.

Hombres:

1. Que vuestra vida entera, cualquiera que sea vuestro llamamiento, esté dedicada a la gloria de Dios.

2. Que confiéis tan plenamente en las promesas de Cristo que la paz, el gozo y la fortaleza llenen vuestra alma hasta rebosar.

3. Que esta plenitud de Dios se desborde en actos de amor diarios para que la gente pueda ver vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

4. Que seáis hombres del Libro, que aman, estudian y obedecen la Biblia en cada área de su enseñanza; que la meditación de la verdad bíblica sea para vosotros la fuente de esperanza y de fe; que sigáis creciendo en entendimiento con cada capítulo de vuestras vidas, sin pensar nunca que el estudio y el crecimiento son para otros.

5. Que seáis hombres de oración, para que la Palabra de Dios se os abra, y así, el poder de la fe y la santidad descienda sobre vosotros; que vuestra influencia espiritual pueda aumentar en el hogar, en la Iglesia y en el mundo.

6. Que seáis hombres con una profunda comprensión de la gracia soberana de Dios que refuerza todos estos procesos espirituales; y que seáis, asimismo, pensadores profundos en las doctrinas de la gracia, y aún más profundos amantes, si cabe, de las mismas.

7. Que estéis plenamente comprometidos con el ministerio, cualquiera que sea vuestro llamamiento específico; que no desperdiciéis el tiempo con demasiados deportes, esparcimientos, pasatiempos sin importancia o trasteando en el garaje; que redimáis el tiempo para Cristo y para su Reino.

8. Si sois solteros, que aprovechéis vuestro celibato al máximo en la devoción a Dios —como hicieron Jesús y Pablo— y no os dejéis paralizar por el deseo de casaros.

9. Si estáis casados, que améis a vuestras esposas como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella; que seáis líderes espirituales humildes, abnegados, edificantes y felices; que crezcáis continuamente en gracia y en conocimiento para no apagar las aspiraciones que tienen vuestras esposas de progreso espiritual; que cultivéis la ternura y la fuerza, un patrón de iniciativa y la capacidad de escuchar; y que aceptéis la responsabilidad de proveer y proteger a la familia, cualquiera que sea la forma en que vosotros y vuestras esposas os dividáis el trabajo.

10. Si tenéis hijos, que aceptéis la responsabilidad, junto con vuestras esposas o en solitario si fuera el caso, de educarlos en disciplina y amonestación del Señor: niños que tengan esperanza en el triunfo de Dios. Que establezcáis un patrón de enseñanza y de disciplina que no dependa únicamente de la Iglesia o de la escuela, para impartir conocimiento bíblico y valores espirituales a los niños; y que deis a vuestros hijos el tiempo, la atención y el afecto que les comunica cuál es el verdadero carácter de nuestro Padre celestial.

11. Que no supongáis que los ascensos y la aprobación de vuestros colegas en vuestro trabajo remunerado son las cosas de más valor en vuestras vidas, sino que sopeséis la importancia eterna de una paternidad fiel y del tiempo pasado con vuestras esposas; que consideréis repetidamente las nuevas posibilidades que os brinda cada etapa de vuestra vida para aprovechar al máximo vuestras

energías para la gloria de Dios en el ministerio; que os hagáis a menudo la pregunta: «¿Está siendo moldeada nuestra familia por la cultura o encarnamos los valores del Reino de Dios?». Que guiéis a los vuestros en la toma de decisiones no en función de las tendencias seculares o de las expectativas de mejorar el estilo de vida, sino de aquello que fortalecerá la fe de la familia y adelantará la causa de Cristo.

12. Que tratéis de ver la situación con cierta perspectiva (con vuestras esposas, si estáis casados) y planeéis las diversas formas de ministerio para vuestra vida capítulo a capítulo. Los capítulos están determinados por diferentes factores: la edad, la fuerza, el celibato, el matrimonio, el trabajo, los hijos en casa, los hijos en la universidad, los nietos, la jubilación, etc. Ningún capítulo cuenta con todas las alegrías: la vida finita es una serie de trueques. Buscar la voluntad divina y vivir para la gloria de Cristo al máximo en cada capítulo es lo que convierte la vida en un éxito; no que parezca un capítulo de la vida de alguna otra persona o que tenga lo que solo algún otro capítulo puede traer.

13. Que adquiráis una mentalidad y un estilo de vida de tiempos de guerra: que jamás olvidéis que la vida es corta, que miles de millones de personas se hallan en la balanza entre el Cielo y el Infierno cada día, que el amor al dinero es un suicidio espiritual, que la meta del ascenso en la escala social (mejores trajes, coches, casas, vacaciones, comidas, pasatiempos) son un pobre y peligroso sustituto del vivir para Cristo con todas vuestras fuerzas y de disfrutar al máximo ministrando a las necesidades de la gente.

14. Que en todas vuestras relaciones con mujeres (no solo en el matrimonio) busquéis la guía del Espíritu Santo para aplicar la idea bíblica de la masculinidad y la femineidad; que adquiráis un estilo y un porte que exprese el papel singular que Dios os ha dado de proporcionar fuerza y liderazgo con humildad, y una provisión y protección abnegadas; que seáis imaginativos y culturalmente

sensibles (como deben serlo ellas) conformando el estilo y fijando el tono de vuestra interacción con las mujeres.

15. Que veáis las pautas bíblicas de lo que es adecuado e inadecuado para los hombres y las mujeres, no como una licencia para ser dominantes o mostrar una exigente pasividad, sino como un llamamiento al liderazgo de servicio que piensa en las responsabilidades y no en los derechos; que veáis estos principios como sabias y refinadas recetas para descubrir la verdadera libertad del ideal divino de la complementariedad; que estimuléis la participación fructífera de las mujeres en los innumerables papeles de ministerio que son bíblicamente adecuados y profundamente necesarios.

FIN